

## CAPÍTULO XXV

### ESCANDINAVIA.

Modificados, no cambiados por la civilización los pueblos del Norte, aunque situados en medio de campos bien cultivados, se complacen todavía en los azares de la guerra. Fieles á su antigua afición de lanzarse á correrías aventureras, anhelan ver cielos más dulces, tierras más risueñas, aunque para volver luego al suelo nativo. Era para ellos un grave insulto decirles: *No conoce otro país que aquel en que ha nacido*: los sabios recomendaban aprender muchas lenguas, especialmente el latín y el italiano; porque se *entienden en países lejanos*. En su consecuencia, muchos jóvenes iban á estudiar á las escuelas de Oxford, de Roma, de París, de Erfurth; otros vendían los servicios de su valor á Constantinopla; éstos se cruzaban para la Palestina, aquéllos iban en peregrinación al sepulcro de los Santos Apóstoles; y nadie se presentaba en la corte si no podía hablar allí como testigo ocular de los usos de diferentes naciones.

El monje Thierry hizo una crónica de la Noruega á principios del siglo XII. Hacia el año 1200, Suenon Akeson y Saxo Gramático escribieron por orden del obispo Abslan, á quien servían de secretarios, una historia de Dinamarca. El primero da un árido compendio de los hechos; el otro, escritor hábil y esmerado, conserva tradiciones curiosas, aunque sin crítica ni cronología. Menos ricos todavía los suecos, no tienen más que fábulas hasta el siglo XV. Por consiguiente, nada se puede buscar exacto en la historia de los tres reinos del Norte. Basta saber que cada uno de ellos tenía á su cabeza un rey desprovisto de la autoridad necesaria para hacer que le siguieran sus vasallos, frecuentemente en guerra con ellos y elevado ó abatido por el empuje de las facciones.

**Dinamarca.**—**Los Estritidas.**—En Dinamarca reinaban los descendientes de Estrit, sobrina de Harold Blaataud. Uno de los más notables entre

ellos, fué Canuto IV (1080), quien, no menos riguroso respecto del pueblo que dócil respecto del clero, fué asesinado en la iglesia por sus súbditos sublevados, y canonizado por los sacerdotes como protomártir de Dinamarca. Erico III (1095), su hermano, el hombre más grande, el más robusto de su reino, y el príncipe más instruido de su tiempo, fué sobrenombrado el Mejor. Renunció al derecho de hacer la guerra sin el consentimiento de los Estados; hizo el viaje á Roma para obtener la canonización de Canuto, y alcanzó la erección de Lund en metrópoli y arzobispado de todo el Norte. Habiendo hecho voto de cruzarse, y aunque sus súbditos ofrecieron la tercera parte de su fortuna para obtenerle la dispensa, se empeñó en partir y murió en Chipre.

Después de una larga lucha entre muchos competidores, tocó el trono á Waldemaro el Grande (1157). La ocupación de toda su vida fué dominar á los venedos idólatras, que tenían por santuario la isla de Rugen, y cuyas piraterías infestaban el Báltico y las costas de Dinamarca. Ya Eugenio IV (1147) había publicado contra ellos una cruzada que produjo muy poco efecto. Esta vez Waldemaro se alió con diferentes príncipes de Alemania, y se reconoció vasallo de Federico Barbaroja, que prometió investirle con todos los países venedos. Apoyado de este modo, conquistó á Rugen, y sobre las ruinas del ídolo de Svantovit, ingirió por la fuerza el cristianismo (1168). Desde entonces cesó Herta de salir cada año de las misteriosas selvas para bañarse en el lago sagrado.

Bajo Canuto VI, su hijo (1182), los daneses, merced á frecuentes viajes y á la educación que sus jóvenes iban á recibir á París, alcanzaron una civilización igual á la de los demás pueblos de Europa. Permitió á los poseedores de feudos, que quisieron emanciparlos, hacerlos propiedades alo-

diales. Continuó haciendo la guerra á los venedos; sometió la Esclavonia y recibió el homenaje de las ciudades de Hamburgo y de Lubeck. Su sucesor Waldemaro II, pudo en su consecuencia tomar el título de rey de Dinamarca y de los eslavos, de duque de Jutlandia y de señor de la Nord-Albingia. Los cronistas no le dan menos de mil cuatrocientas naves, ciento sesenta mil guerreros, una renta de veinte y un mil novecientos *lastas* (cerca de cuatro mil libras) de trigo, cuatro mil setecientos cuarenta y cinco *schiffpfund* (unas doscientas ochenta y cinco mil libras) de manteca, tres mil doscientas ochenta y cinco de miel, nueve mil ochocientos cincuenta y cinco bueyes, ciento nueve mil quinientos noventa corderos, setenta y tres mil cerdos y trescientos diez y nueve mil marcos de plata acuñada. Hizo la guerra á los estonios, á quienes avasalló, y desplegó entonces por la vez primera la bandera con la cruz blanca en campo rojo, llamada bandera de Daneburg.

El condado de Schwerin debía tocarle por herencia de Gunzelin, su suegro; pero queriendo apoderarse de él Enrique, hermano de éste, y no pudiendo medirse con él á fuerza abierta, se dirigió á la corte, donde halló medio en una partida de caza de apoderarse por traición de Waldemaro y de su hijo, á quien arrastró á uno de sus castillos (1223). Clamó el papa contra esta violación del derecho de gentes; pero queriendo el emperador sacar partido de esto, estrechaba á Enrique á fin de que le entregara Waldemaro: á lo menos sacó la promesa de no soltarle más que bajo condiciones ventajosas para el Imperio. El gran maestro de la orden teutónica, Hermann de Salza, medió por orden del papa, pero no pudiendo avenirse, y habiendo recurrido á las armas los parciales de Waldemaro y de sus enemigos, Alberto de Orlmund, jefe de los primeros y regente del reino, quedó prisionero (1225). Por último, se convino en que Waldemaro pagaría por su rescate 40,000 marcos de plata, en que restituiría al Imperio todo el territorio situado entre el Eider y el Elba con el país de los venedos, á escepción de la isla de Rugen, además de otros sacrificios para rescatar á Alberto. Lubeck dependió del Imperio, así como los príncipes de Mecklemburgo, y los daneses cesaron de tener autoridad sobre los eslavos.

Apenas estuvo Waldemaro en libertad, no respiró más que venganza. Absuelto por el papa de un juramento arrancado por la fuerza, reunió sus fuerzas y presentó batalla al enemigo; pero vencido y herido, se vió obligado á someterse á nuevas renunciaciones. Perdió, pues, el título de Victorioso que había adquirido; pero obtuvo el más apreciable de Legislador, reformando el código de la Escania y de Seelandia y dando leyes á las demás provincias.

Erico VI, su hijo, pereció víctima de su hermano Abel; pero habiendo muerto este príncipe en una batalla á manos de los frisones (1241), no se quiso recibir su cuerpo en ninguna iglesia para

darle sepultura; fué sumergido en un pantano, cuyas inflamadas exhalaciones se tuvieron en el país por el alma del fratricida. Bajo Cristóbal I (1252), otro hermano de Erico VI, las disensiones con el clero aumentaron la confusión que ya se había apoderado del país.

Fiándose poco los reyes precedentes en las tropas feudales habían asalariado á extranjeros, lo cual había hecho perder á los daneses la costumbre de las armas, y se les había agobiado de impuestos. Jacobo Erlanodson, sabio prelado, vástago de una de las principales familias, no menos ambicioso en sus proyectos, que hábil en conducirlos, pensó que podría sacar partido de aquel estado de cosas. Antiguo capellan de Inocencio IV, había sido promovido al arzobispado de Lund. Tomó posesión de su poder temporal sin consultar la investidura; luego, como en el desorden del tiempo quedaban impunes muchos delitos, citó á su tribunal á los malhechores cualesquiera que fuesen (1241). Después construyó fortalezas, impuso peajes, cambió el código de la Escania sin consultar al rey, hizo quitar del coro el trono de este príncipe, hasta le acusó de violencia respecto del papa, se alió con el rey de Noruega, y habiendo convocado un concilio en Wedel, promulgó la constitución llamada *Cum Ecclesia danica*, con cuyas palabras empieza. Allí se declara que estando espuesta á la persecución la Iglesia de Dinamarca, sin ser protegida por el brazo secular, si algún obispo fuere preso, mutilado, ofendido por orden ó con conocimiento del rey, será puesto el reino en entredicho, y enseguida escomulgado, si en el término de un mes no queda reparado el crimen.

Esta fué una declaración de guerra. El arzobispo intrigó para hacer cambiar el orden de sucesión al trono: el rey mandó que se le prendiera: pusieron los obispos el reino en entredicho, y Cristóbal fué envenenado (1259). Margarita de Pomerania, su viuda, supo conservar la corona á su hijo Erico VII, el Miope (*Glipping*). Hizo la guerra á Abel, su sobrino, quien había ocupado el ducado de Sléswig; pero cayó prisionera con su hijo. Libre del cautiverio por mediación de otros señores, fué escomulgada, así como su hijo, por no haber querido comparecer en el tribunal del legado pontificio. Por último, se terminó la querrela en el concilio de Lion (1274), á condición de que el rey pagaría ciertas indemnizaciones, de que no vestiría á los prelados, y de que no exigiría el servicio militar de ellos.

Rebeláronse, pues, los nobles contra el débil y disoluto Erico VII, á quien obligaron á firmar una capitulación en que estaban determinados los derechos del trono (1286). Posteriormente fué asesinado por Estigo Anderson, mariscal del reino, para vengar á su esposa ultrajada, y habiéndose refugiado los asesinos en Noruega, Erico VIII declaró la guerra á este reino. Quiso obligar al arzobispo de Lund á escomulgarles, y al oír su negativa, mandó que le prendieran y llevaran á la cár-

cel, cubierto de andrajos y montado en una caña, mientras se quemaban las cartas de donación que fueron encontradas en los archivos. Bonifacio VIII envió quien le informara de esta querrela, y no pudiendo conciliarla fué puesto en entredicho el reino, lo cual produjo tales disturbios, que el rey se vió obligado á doblar la cabeza.

Pasaremos en silencio las guerras exteriores é interiores de Erico VIII, limitándonos á recordar que promulgó las *leyes feudales de Estonia*, adoptadas donde quiera que dominaban los señores teutónicos. Aunque su hermano Cristóbal II desmereció del país á causa de una rebeldía, le fué dado por sucesor (1320), si bien con la obligación de resignar muchas prerrogativas reales, entre otras el derecho de establecer nuevos impuestos, de cuyo pago y de la jurisdicción civil exinió al clero. Se comprometió á no dar ningun beneficio á extranjeros, á no hacer la guerra sin consultar antes á los Estados, á no promulgar leyes más que de acuerdo con las dietas, que debieron ser convocadas todos los años. Así quedó mutilada la monarquía por la aristocracia nobiliaria y eclesiástica, sin que la clase media ni los habitantes del campo tomaran parte en la confección de las leyes. Pero no bastaron las concesiones á conciliarle el afecto del clero y de los grandes, hasta se sublevaron y le despojaron de toda autoridad, y el reino fué dividido en seis ducados (1326), el Sleswig; la Jutlandia con la Fionia y los islotes que dependen de ella; las islas de Seeland y de Langeland; la Escania, el Halland, la isla de Laland y la Estonia.

Lucharon entre sí, hasta que Waldemaro IV, hijo de Cristóbal, fué proclamado rey. Hábil en la política y en los combates, de carácter firme y formado por el infortunio, recuperó las diferentes provincias, á escepcion de la Estonia, que vendió á los caballeros teutónicos (1340). Manifestó á las claras la voluntad de revindicar los derechos de la corona, introduciendo en el ejército una disciplina rigurosa y los usos extranjeros, y decretando contribuciones para redimir los dominios empeñados. Sublevóse la Jutlandia; pero cuando vió el rey que se tomaba por debilidad su condescendencia, recurrió á las armas y quedó vencedor. Disipó y aun venció la coalición de las ciudades anseáticas, que miraban con envidia á la nobleza danesa entregarse al comercio, á ejemplo de los normandos, sus abuelos, y temieron el engrandecimiento de Waldemaro. Entonces formaron una liga más poderosa con el rey de Suecia, los condes de Holstein, los duques de Sleswig y Meklemburgo, y los nobles de la Jutlandia, liga cuyo objeto era dar muerte al rey, y recobrar las provincias de que se habia hecho amo. Vióse reducido Waldemaro á retirarse á Bohemia, cerca de Carlos VI, que citó á los rebeldes ante su tribunal. Pero las ciudades anseáticas concluyeron, después de haber asolado á Dinamarca, por celebrar la paz, mediante grandes privilegios, y Waldemaro volvió á sus Estados. En medio de tantas conmociones se esforzó, no

obstante, en garantizar las propiedades y animar el comercio. A él fué á quien debió el reino no ser destrozado. Su atención se dirigió también sobre las letras, especialmente sobre la historia; é inventó un nuevo alfabeto rúnico, con el cual hizo transcribir las antiguas inscripciones en piedra, que después fueron borradas.

Con él concluyó la dinastía de los Estritidas (1375), su hija Margarita, hermosa y amada, se habia casado con Hacquin II, descendiente de la raza de los Folkunger, que reinaban en Suecia.

**Noruega.**—A Olao III, que introdujo la civilización en Noruega (1093), habia sucedido Magno III, que, después de haber conquistado las islas Hébridas, las Orcadas, las de Anglesey y de Man, las confió con el título de reino de las Islas, á su hijo Sigurd; trató también de apoderarse de Irlanda, y ya habia tomado á Dublin, cuando pereció en medio de los pantanos á donde le habian atraído los enemigos (1103). Dividieron sus hijos el reino. Pero Sigurd, á su vuelta de la Tierra Santa, le hizo volver á sus manos. Fué de nuevo dividido en tiempo de su hijo, Magno IV, después disputado por una sucesión de pretendientes que trastornaron el país; en fin, fué elegido Magno VI á la edad de cinco años (1163); el primero de los reyes noruegos que fué coronado en presencia de un legado del pontífice, y el reino declarado electivo.

Tuvo este rey un terrible émulo en Esverrer, el hombre más insigne que ha producido la Noruega. Educado por un padre de una condición oscura, que le destinaba á la Iglesia, su madre le declaró que lo habia concebido de Sigurd III. Entonces se puso á la cabeza de una fracción de descontentos, llamados piés de abedul (*bir kibeins*), á causa del calzado que se habian fabricado, y vivió con ellos en los bosques (1183). Seguido de setenta de aquellos hombres, llegó á ser el terror de aquellas selvas y de las montañas de la Noruega; tomó el título de rey; y después de haber derrotado á los realistas (*heklung*) y muerto á Magno, ocupó el trono, en el que se sostuvo á despecho de los pretendientes y de las excomuniones. Cuando murió, dejando reputación de las mejores virtudes de un rey, las guerras civiles se reanalaron; en fin, habiendo sido reconocido Hacquin V por todas las facciones (1261), sometió la Islanda y la Groenlandia. Gobernó con prudencia, y se hizo respetar de los demás príncipes (1261); así es que su reinado es considerado como la más brillante época de la Noruega. Murió durante la guerra con Escocia, que terminó su hijo Magno VII, mediante la cesión de las Hébridas en cambio de un tributo. Aquel príncipe dejó hereditaria la corona (1263), de electiva que era, y supo conciliarse el clero dejando las elecciones libres.

Los noruegos habian tenido diversas leyes particulares, de las que no han llegado hasta nosotros más que el *Gulaping* de Hacquin I del año 940, sacado de las costumbres anteriores, y al cual

Olao el Pacífico, San Olao y Magno el Bueno, hicieron varias adiciones. Estaba en tan gran reputación, que Guillermo el Conquistador tomó de él varias disposiciones para la Inglaterra. En el siglo XII fué compilada y promulgada una colección de leyes municipales (*biarkeyadrett*), especie de derecho común que servía de base á los estatutos particulares de las ciudades, especialmente en lo concerniente al comercio, navegación y pesca.

No contento Magno VII con pacificar su país, quiso darle leyes corrigiendo y promulgando de nuevo el *hidrskraa* (*jus aulicum*) de San Olao, y la dieta nacional de 1274, aprobó las leyes anteriores revisadas y apropiadas á la época. Este código, llamado también *Gulaping*, fué la ley común del reino, y permaneció en vigor hasta 1557. Según sus disposiciones, todo el que poseía por valor de seis marcos debía tener un pequeño escudo rojo, rodeado de dos círculos de hierro, una hacha y una espada. Los que poseían más de doce marcos debían añadir un escudo largo y un casco de hierro: y los que llegaban á diez y ocho, una coraza. Estas armas se fabricaban con gran cuidado, y se inspeccionaban en la asamblea nacional. El primero que daba aviso de una invasión extranjera, recibía tres marcos del rey, y uno de cada tribu; si era desterrado volvía á su patria. Entonces se propagaba el aviso por medio de una flecha llevada noche y día por tres hombres respetables; todo el que la veía, libre ó siervo, conocía que era llamado á la reunión general. Estaban recomendadas grandes precauciones para el caso en que se temiese una invasión. Tenían concedidos privilegios á aquellos que tomaban parte en las expediciones, y suspendido todo procedimiento intentado contra ellos. El clero estaba exento de las contribuciones que los demás pagaban, y cada distrito estaba obligado á mantener prontos cierto número de barcos.

Erico II, hijo de Magno (1280), fué apellidado el *Enemigo de los sacerdotes* por sus frecuentes querrelas con el arzobispo y su desprecio á los entredichos; la diferencia se terminó, sin embargo, amigablemente. Habiendo declarado este príncipe buena presa todo buque de las ciudades anseáticas que se encontrase en el Báltico, en atención á que estas ciudades sostenían á sus enemigos los daneses, le declararon la guerra, é interceptaron el comercio de los granos; vióse en su consecuencia obligado á aceptar la paz, á proporcionar una indemnización por los daños sufridos, y á entrar él mismo en la liga anseática. Cuando se estinguió la raza de los Ingling en Noruega. Margarita, heredera de Dinamarca, supo hacer preferir á sus competidores, su hijo Olao (1376), que reunió dos reinos, hacia tiempo enemigos; pero se declaró que no podían reunirse en atención á que el de Dinamarca era electivo y el de Noruega hereditario. Margarita, regente del reino, se ocupó en granjearse amigos y en ahuyentar las eventualidades de guerra. Se alió con las ciudades anseáticas; y á la muerte de Olao, todavía niño (1367), fué elegida princesa y protectora de Dinamarca, cosa insólita al Norte, y cuya honra debió á su reputación de habilidad y de virtud: sucedió por el mismo tiempo al trono de Noruega y designó para que la heredara á su sobrino segundo, Enrique, hijo de Bratislao VII de Pomerania (1369). Alberto, rey de Suecia, quiso disputarla estos dos reinos; pero no tardó en arrepentirse de ello, porque Margarita entró en sus Estados á instigación de las principales familias, y fué proclamada reina en su puesto.

**Suecia.**—En Suecia, Ingo I, llamado el Bueno, venció á sus contendientes, y quemó el templo de Upsal, santuario de los suecos idólatras (1080); así desde entonces quedó en el país el cristianismo dominante. Retirándose los idólatras á la Tawastenia, desde donde inquietaban las posesiones suecas. Pero se levantó contra ellos una cruzada que avasalló aquella provincia, donde se fundó la ciudad de Tawasteberg. Fueron arreglados los asuntos eclesiásticos en la dieta de Linkioping (1152), en que el reino fué dividido en cuatro diócesis: Upsal, Skara, Linkioping y Vesterås, que así como los obispados daneses y noruegos, dependieron del arzobispo de Lund hasta el momento en que la silla de Upsal fué erigida en arzobispado. Todo sueco propietario estuvo obligado á pagar anualmente un dinero á San Pedro para el sostenimiento de un hospital en Roma. Las exhortaciones del legado hicieron renunciar al uso de andar siempre armado. Más tarde (1248) se impuso el celibato á los sacerdotes.

Erico IX, llamado el San Luis del Norte (1150), y como él canonizado, derrotó á los fineses, que no cesaban de inquietar su reino, y en el campo de batalla no pudo menos de verter lágrimas al pensar que habian muerto sin recibir el bautismo. Reconociendo después que nunca habria paz, interin no se ganara aquel pueblo á la civilización y al cristianismo, se empleó en ello con éxito y fundó la ciudad de Abo. Reformó los estatutos del reino, y el conjunto de la legislación sueca es llamado *ley de San Erico*. Habiendo caído en las manos del pretendiente Magno Ericson, rey de Dinamarca, le cortó la cabeza: pero los suecos y los godos se levantaron para vengar al gran rey, y vencido Magno fué muerto por Carlos, quien tomó entonces el título de rey de los suecos y de los godos (1161). Pero tan fieles eran éstos á su raza como adictos aquellos á la de San Erico. De consiguiente, Suerker II resolvió esterminarla de un golpe: sin embargo, consiguió escapársele un príncipe, y secundado por los noruegos, ascendió al trono con el nombre de Erico X (1240); según parece, fué el primer príncipe coronado entre los reyes de Suecia.

Ya fuera efecto de la casualidad ó por convenio, los reyes habian sido elegidos alternativamente en las dos familias de San Erico y de Suerker: cuando